

REMIGIO ROMERO LEON

38295

38295

E 808

R744

138505

# DISCURSOS

Selección y Prólogo de

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1969

040

DISCURSOS

## REMIGIO ROMERO LEON

"No ha muerto todavía Don Quijote"... Así comienza uno de los más bellos discursos de Remigio Romero León... Y así comienzan todos sus discursos, más allá de la palabra inicial, en lo hondo del pensamiento, en lo más pulcro del querer y del desear...

Quijotesca figura la de este Señor de la Palabra, la de este Alto y quijotísimo Señor de la Palabra... Quijote este Señor no solamente en lo de hablar en casticismo de fina elegancia incomparable, sino en lo de llamamiento al quijotismo como único camino posible para espíritus bien nacidos y almas inmortalizadas en vida mismo...

Gran idealista y predicador del ideal, magnífico decidor de cómo se ha de entender, buscar y querer el ideal... A veces, hasta deseando ardientemente lo quimérico, lo que es bella e inalcanzablemente quimérico: mal se aviene el ideal con lo alcanzable mediata o inmediatamente, con lo conquistable al punto o al paso y transcurrir de cualquier tiempo temporalmente deleznable... Ideal es imposible, ideal es quimera, ideal es locura a la manera cómo Don Quijote entiende y practica y enseña la locura suprema...

Cada discurso de Romero León es una llamada ferviente, férvida y fervorosa al ideal: no importa el tema, no importa el motivo, no importa la pauta en que esta música verbal esté dicha... La voz que le nace desde lo más hondo, sentida a profundidad, ha de ser fección fraterna, ha de ser abrazo

hermano, ha de ser como agua diáfana sobre la que pueda viajar cualquier idea, sobre la que pueda partir cualquier ilusión, sobre la que puede ser cualquier soberano ensueño más bello mientras más inalcanzable...

Este ideal del Caballero de la Palabra está dicho para todos y es mensaje para todos... Pero su más hermoso idealismo es decirse de especial modo y manera para la juventud... Romero León ama a la juventud, no con la demagogia de la fácil conquista ni con la falsa miel de la alabanza intrascendente: la ama a la manera de Ariel, Príncipe de la Luz, queriendo infundirle su propia luz, tratando de entregarle generosamente toda la luz que sabiamente lleva en el alma...

Romero León habla a la juventud con encendida palabra de belleza porque sabe que es lo puro en medio de la obscura marejada humana, porque sabe que es lo soñador entre tanto practicismo mediocremente inútil... Por eso habla para la juventud, por eso dice a la juventud su palabra llena del sagrado fuego de Prometeo que puede quemar la sangre, pero que quema hermosamente la sangre...

Esencial virtud de este idealismo tan hermosamente dicho para la juventud es en Romero León el patriotismo sano, claro, altísimo... Si, no porque los tiempos quieran otros caminos debe darse en olvido esta virtud del patriotismo que hace pueblos y hombres para la perennidad... Romero León se enciende en amor patrio, como se enciende el cielo mismo de la Patria, como se encienden los mares mismos de la Patria, como se encienden los volcanes mismos de la Patria... Este patriotismo idealista quiere que la juventud sea espejo de pulcro patriotismo... Es bello de toda belleza ver y oír a Romero León al margen mismo de la catástrofe hablar de Patria, levantando en su palabra sola toda la Patria, la misma Patria dolida que no han podido levantar los deslaza-dos políticos, los aventureros de las popularidades, ni el fasto

desdibujado de las espadas... Es hermoso ver a Romero León levantando a la Patria en sus manos de sembrador de capulies nativos, en su frente de pensador universitario, en su alma de Quijote frente a la superabundancia de los Sanchos... Es sublime oír al Quijote de la Palabra bellísima pronunciando en medio del incendio y aún entre las cenizas dejadas por el incendio esta sola y bella y santa palabra: Patria...

La palabra de Romero León está empapada de humanidad... Porque más allá de cualquier anhelo actual, por bello que él sea, triunfa en este sentir y en este decir el amor por lo humano, por lo sufrido humano, por lo dolido humano, es decir refrenda su quijotismo en la fuente misma en la que Don Quijote deja de ser Caballero para ser Místico de la Caballerosidad...

Frente a esta palabra de sutil belleza clásica, frente a este decir de honda raigambre cristiana, frente a esta voz de Romero León queda latente el mismo pensamiento que abre uno de sus más bellos discursos y que los abre todos en pensar y en querer: "No ha muerto todavía Don Quijote"...

**RIGOBERTO CORDERO Y LEON**

## DISCURSO DE PRESENTACION DE EUGENIO NOEL

Señores:

No ha muerto todavía Don Quijote. Trasnuchado Caballero que recorre el mundo en busca de Dulcinea, ha concurrido a casi todas las épicas jornadas de la historia, y vive de esperanzas y de ideales, de anhelo y de ensueño que al fin se han de realizar si la Humanidad tiene destinos más altos que los que se compran con el dólar, se conquistan con la espada o se usurpan con la astucia de la política. El aventurero Manchego, desfacedor de agravios que va por las áridas travesías de la gloria, dispersando manadas y despedazando molinos de viento no ha muerto, no puede morir jamás. Arrancó un continente de la espuma del océano, con Colón; conquistó tronos con Pizarro y Cortés, y colonizó un mundo, plantando la Cruz en las playas que lamen los mares embravecidos y sobre las nieves perpetuas de los volcanes. Habla la lengua de Cervantes y Granada, rima en el romancero, pulsa la lira de Calderón y otros mil, y es temerario y no soporta rival como D. Juan. Valiente como el Cid, es compatriota de reyes como Pelayo, de mujeres como Isabej y Teresa de Jesús, y fue libertador de América con Bolívar y sus insurgentes, sin ser extranjero en el inmenso territorio donde no se pone el sol, convertido ahora en cenáculo de la democracia, en altar de las libertades republicanas. Don Quijote, eterno símbolo de la raza española no ha muerto, vive vigorizano con nueva sangre, ennoblecido con nueva civilización, engrandecido con nuevos y sagrados derechos.

Primero, con la lanza y la adarga: luego, con la lira y la pluma, y por último con la palabra, España encarnada en Alonso de Quijano, empuña el cetro de la soberanía intelectual en el mundo.

Y ¿qué es la palabra? En el principio el Verbo era Dios, y Dios era el Verbo, y habló el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios; y la palabra humana era el ritmo del canto universal de la creación, del poema eterno de la vida.

Mas, el orgullo del vivir, el afán anheloso por el placer soñado que se manifiesta en ese apetito de divinidad, en esa sed insaciable de misterio, en esa hambre de ser como dioses, en esa ambición por las alturas, en ese deseo de inmortalidad inmojando el dolor, en esa fuerza inconsciente y torturante que es tentación y rebeldía, en esa ansiedad indefinible de luz y de espacio, en esa ascensión penosa a una cumbre desconocida o para un fin superior a las ansias de la vida, hicieron del milagroso don de la palabra un don funesto y torturador, matando los ideales en el alma.

Si, hemos matado el ideal, vosotros y yo y todos que impulsados por el espíritu de crítica, buscamos en las profundidades del corazón el bacillus del pensamiento, y en las tormentas del alma de los pueblos, el microbio del placer o del dolor, y hallamos sólo la confusión del caos y el horror de las catástrofes, sintiendo la desesperación del tedio, la fatiga del viaje, la aridez de la cumbre, el frío de la soledad, el cansancio de la concupiscencia, las embriagueces de la voluptuosidad, el hastío de la vida.

Y la palabra es luz que ilumina y es fuego que purifica, porque tiene todos los atributos del poder y todas las formas de la belleza y del bien. La palabra es aterradora cuando resuena en el Sinaí entre relámpagos y truenos: la palabra es sublime cuando perdona y bendice: la palabra es elocuente cuando desata las tempestades del alma o de la naturaleza:

la palabra es creadora cuando redime y salva, cuando despierta a la hija de Jairo o manda levantarse a Lázaro del sepulcro: la palabra es bienhechora y santa, cuando predica el sermón de la montaña y multiplica los panes para saciar el hambre de las multitudes: la palabra es regeneradora, cuando detiene a Saulo en el camino, cambiando la cobardía del perseguidor en la tenacidad del apóstol y el valor del mártir.

¡Qué fuerza tan imponderable la de la palabra humana!

Y ya comprenderéis, Señores, desde luego, por qué el poder de la palabra de la que se ha apropiado hoy D. Quijote en sus aventuras al través de los siglos, ha debido ser y ha sido el obligado exordio lírico de esta mi oración, pues necesito anunciar a los maestros y alumnos del claustro universitario, que un compatriota de Quijano, un soñador de raza, va a velar en este viejo castillo; y sin más arma que la palabra, sin más escudo que la idea, en singular batalla con gigantes y encantados, pretende curar el alma dolorida y enferma de su raza, raza que él la admira enorgullecido; pretende despertarla a las alegrías del vivir, cambiando el tétrico crucifijo de sus ideales legendarios con las máquinas y el número que resuelven todo problema burgués; pretende, en fin, hacer 100 millones de obreros en acción de los hidalgos pobres, amantes de Dulcinea, mendigos de la gloria, esclavos del honor que, allende y aquende del océano nos llamamos españoles.

Escuchémosle, Señores! El poder milagroso de la palabra, bien puede ser bálsamo que cura, en este momento en que asistimos a la apostasia de los mártires, a la caída de los apóstoles.

Escuchémosle, que la fuerza de la idea bien puede triunfar en esta hora en que se viste de púrpura irrisoria el vencedor del pensamiento, mientras se premian las contorsiones del payaso, la destreza en el gimnasio y las proezas del pu-

gilato. Escuchémosle, que la palabra y la idea bien pueden encender luz en el cerebro y prender fuego en el corazón, en este siglo escéptico en que las multitudes, destinadas a las crueldades de la más despótica tiranía rugen como victimarias o se retuercen como victimadas, y en que el odio y sólo el odio surge de las muchedumbres apriscadas como vil rebaño.

Pero, no sólo debemos escucharle; cooperemos a su labor, y la Universidad de Cuenca que trabaja por el salario de la gloria, y tiene abiertos, para la juventud, los inmensos horizontes de la idea con todas sus rebeldías, y de la acción con todas sus locuras; la Universidad que conoce cómo los males raciales no se erradican sólo con la ley ni se extirpan con la espada, sino que se curan con el bálsamo milagroso y supremo de la palabra; la Universidad, digo, recoja del orador español, Don Eugenio Noel, las ideas más fecundas, y como semillas de luz espárzalas juntamente con las suyas, en los amplios y cultivados campos de su actividad, para que germinen en el alma juvenil.

Por mi parte, juzgo que, siendo innecesario presentar a un español en su tierra solariega, y siendo él sembrador de ideas, cumplo un deber sagrado preparando el barbecho si vale la expresión, al detenerme un momento más en esta tribuna donde alguna enseñanza se ha de dictar, si la ocupa un catedrático, para deciros que, no sólo la picaresca y siempre juvenil raza española, sino todos los pueblos de la tierra, enfermos y cansados, no sienten las alegrías del vivir, las dulzuras de la paz que se goza en el amor y el poder de la palabra, porque temen la vida, porque temen la verdad.

Ni filósofo ni psiquiatra, voy, pues, a hablaros del poder de la palabra en la vida, del miedo con que la aceptamos y del apostolado del Arte en la actividad ciudadana. No me arredra la magnitud de la empresa, y principio con caudal propio, con investigación casi personal; desde que, ni filó-

sofos ni sociólogos, ni antropólogos ni naturalistas, ni biólogos han acertado a definir la vida con precisión y claridad, ni aun dentro de la técnica que a cada una de estas ciencias corresponde. Ese apetito de divinidad, esa hambre de Dios de que hablan unos: ese misterio de dolor, esa inmólación por la inmortalidad que nos dicen otros: esa fuerza irresistible y para un algo desconocido: esa sangre, esa savia, ese movimiento rotativo de átomos y moléculas: esa serie de semicélulas y de células: esa amiba y protoplasma; y por fin, ese eterno cambio en la materia que no muere, hacen del secreto de la vida un insondable abismo para el pensamiento. Y como no he de lanzarme por las abstractas regiones de la metafísica, quiero citar aquí, para probar mis conclusiones, las doctrinas de dos hombres de raza, de condiciones y de cualidades muy opuestas, y distantes entre sí, por el tiempo y el espacio: Job, el varón de los dolores y de las abnegaciones sublimes; y Darwin, el investigador de teorías audaces e innovadoras.

La vida del hombre es combate sobre la tierra, **militia est vita hominum sup<sup>er</sup> terra**, ha dicho el primero; y el segundo compendió sus elucubraciones en esta fórmula: **strungle por life**, la lucha por la vida; de modo que los seres luchan según sus aptitudes, en la selección de las especies para el triunfo de la vida, siendo este batallar más encarnizado, más doloroso y más infecundo en la especie humana; porque creen los hombres que están en la pirámide zoológica, dotados de inteligencia y libertad, cuando tan sólo están envueltos en sombras más densas, ya que están impulsados por estériles rebeldías, y nó por leyes que se cumplen fatalmente, como los instintos. En otros términos, la fuerza o actividad interna substancial, mediante la que obra el ser que la posee necesita resistencias pasivas y externas, que se llaman medios, en los que se desarrolla o perece; pues, la capacidad para la lucha determina el vigor de la existencia, midiendo la fuerza en sí misma, para que la humanidad se satisfaga en la conciencia de su esfuerzo.

Por esto, en mis arrebatos líricos, donde siento las embriagueces, no sé si de la inspiración o la locura, he llegado a comprender que la vida es la fuerza en acción, el deleite de los fuertes, sin consideración a la fatiga del combate, ni a la gloria del vencimiento que falta algunas veces; y por ello, los mitos de la soñadora Grecia son el símbolo, la genuina y perpetua representación de las angustias dolorosas, de las ansias indescriptibles, de los esfuerzos desapoderados, de las audacias sublimes de la vida, que es el testimonio incesante del atributo de la creación que obra sobre el ser. Por consiguiente, sin alterar lo más mínimo las enseñanzas y las tesis a que ha llegado la Thanatología bien puedo afirmar que la muerte es la debilidad o desgaste de la materia que busca nueva forma: la incapacidad o insuficiencia para resistir el poder de la creación; y que el misterio de la vida y el de la muerte convergen en un punto así como el miedo a la una y a la otra se confunden en una sola causa.

El miedo no es siempre perturbación angustiosa del ánimo: es la sensación de impasibilidad o de algo como la inercia que se refugia en la inconsciencia; o es tan sólo la vacilación inquietante del esfuerzo; pero en ambos casos, el miedo interroga y no resuelve, por eso es miedo la duda: acciona, pero no acomete; por eso es miedo la hipocresía: se defiende, pero poniéndose a salvo y en la encrucijada; por eso es miedo la mentira: forcejea, se retuerce, pero no intenta con el esfuerzo desatarse las ligaduras; por eso es miedo, en diversas formas, la soberbia y todas las concupiscencias de la carne y del espíritu.

Desde luego, no he de hacer aquí la vivisección de los que temen la vida, porque temen la verdad, especie categórica en la que se comprenden los políticos sin programa, los gobernantes sin firmeza, los magistrados sin justicia, los ricos sin caridad, los doctores sin doctrina, los pedantes de todas las escuelas, los sacrílegos, los blasfemos y todos los

que vician y corrompen la sociedad con el error y la mentira. Asimismo, no he de llegar con mi escalpelo, en esta ocasión, hasta el corazón descompuesto de los tiranos que, por mantenerse en su efímero poder, beben las lágrimas del pueblo en sus orgías y se hartan de sangre inocente, o pagan con la cabeza del justo la danza lasciva de Salomé, enloquecida por los besos imposibles de la víctima y hastiada de los besos inmundos del victimario. No he de llegar hasta el corazón de los soberbios, de los ambiciosos, de los que asesinan al hermano con el odio.

El error y el odio, principalísimos factores del miedo de vivir y hasta de la inconsciencia y vacilaciones de las sociedades, no puedo sino execrarlos de paso.

Por lo demás, Bordeaux estudia dos especies de egoísmos, factores y fundamentos del miedo: uno, el de los hombres que sólo buscan su propia tranquilidad y huyen constantemente de todo peligro, fatiga, pasión, entusiasmo o sacrificio; egoísmo pasivo que se encierra en la mezquindad de una existencia despreciable. Estos seres a quienes el Dante aprisionó en su infierno, esas almas tristes que vivieron sin censura ni alabanza son innumerables en verdad. A ella pertenecen los espíritus que, sin rebelarse con Luzbel, tampoco combaten junto al caudillo insigne de las legiones que, en pie, velan la majestad del Altísimo, y sostienen con sus alas, en la plenitud de la fortaleza, el trono del mismo Dios: espíritus despreciados y envilecidos, hasta en los antros infernales del amante de Beatriz.

Entre esos egoístas se cuentan, los que compran honores y distinciones, los que escalan a puestos y dignidades, arrastrándose como asquerosos reptiles, es decir, por la adulación, por la intriga, por la bajeza, por la hipocresía y por la traición: los que se abstienen de la acción social: los que no se preocupan por los intereses sagrados de la Patria: los

que fingiendo exquisitez de sentimientos, no quieren ver la enfermedad y la muerte, como ciertas heroínas de novela, evitando el espectáculo de todo lo que imaginan feo: seres que se encierran en la inacción del egoísmo y llaman feo a toda conquista grande, a toda empresa noble: los que huyen del pobre y del huérfano; y finalmente esos seres a quienes no alienta la esperanza y viven sin fe y sin ideales. Almas cobardes que critican y denigran todo, que jamás alaban nada, que no aman a nadie, que no desean sino lo que puede caber en el radio mezquino de una vida sosa e incolora. Almas de muchedumbre, nacidas para formar la grey, la manada, el grupo, el hatajo; almas que tienen miedo a las travesías solitarias, y que se juntan a las masas y se arraigan a las colectividades, porque juzgan que el triunfo es siempre del número: almas que pretenden elevarse, como el polvo, a impulso del huracán, y que al llegar a las alturas, ennegrecen la atmósfera, ensucian lo que tocan y asfixian al que respira.

La otra forma de egoísmo es activa, es audaz. Ha tomado por lema la corruptora definición de Merimée: La vida es un tapete verde, donde no se divierte sino el que juega fuerte y al azar: es la audacia de los bandidos, es la energía de los seductores, es la agitación de los usureros en todo orden de cosas; es la actividad de los mercaderes de todo género, de los cotizadores del honor, de la dignidad y de la conciencia humanos. La sed de placeres, el ansia por el triunfo de oro y la glorificación de la carne, han engendrado siempre el egoísmo más grosero, más cruel y más pernicioso para la humanidad.

Si; preciso es confesarlo que los rebaños humanos perdidos en los yermos desiertos de la vida están sin pastor y sin perro, y que el miedo a la palabra que es vida y verdad se pinta en todos los rostros: así en el del nervudo burgués, como del fresco adolescente que emprende una carrera por

lucro y no por vocación, que trabaja por el vil metal y no por la gloria, único precio del pensamiento, y que hasta en el santuario del amor, pospone los misterios del corazón a los fríos cálculos del interés; de modo que el miedo a la palabra lo sienten, con mayor o menor intensidad, los disipadores y los avaros de la vida, los cobardes y los audaces, los egoístas que se aíslan, y los que forman manada.

¿Quiénes son, entonces, los fuertes: quiénes los elegidos para la vida? Acaso lo son, únicamente, esos solitarios sublimes que, en medio de las locas alegrías del mundo, ascienden a la montaña del sacrificio para inmolarse por sus hermanos? Sólo a los mártires, sólo a los apóstoles, sólo a los héroes, sólo a los abnegados se les debe conceder el esfuerzo de la vida social y colectiva, como a los únicos seres capaces de mantener el equilibrio de la existencia en los pueblos? Ah! no, también hay mártires confundidos en la multitud, como la madre que siempre es compendio de perdones y de lágrimas; y hay apóstoles, con hambre y sed de justicia, perdidos en la grey, como el pedagogo de aldea, el cura de almas sin albergue y el misionero sin bordón y sin sandalia; y hay héroes ignorados, como el soldado que muere en las barricadas defendiendo el honor ciudadano, y el obrero que cae junto al yunque o el arado, manteniendo la honradez de su hogar y el orgullo de su casta, y la monja o el profesional, el enfermero o el filántropo que, en la Cruz Roja o en el Hospital, en el Lazareto o en la cárcel, donde quiera que haya dolores, donde quiera que haya miserias, curan ellos sin fatiga las dolencias y reparten sin cansancio el pan de la caridad, hasta perecer, muchas veces, contaminados con las enfermedades que curan. Y amén de estos esforzados, que son numerosos para honra de la especie humana, y que forman la legión triunfante del Ángel de la fe, de la esperanza y del amor, hay también patriotas y nobles, virtuosos y soñadores, toda una falange gallarda e inmensa de hombres de buena voluntad, para quienes se ha anunciado la paz en los

combates de la vida aunque esto parezca paradójico: para quienes llueven las felicidades en este mundo de miseria, aunque esto parezca exagerado; porque ellos poseen el secreto de la vida y del triunfo: los que tienen el don de la palabra y los que saben amar y son amados. Los fuertes son pues, los que aman; y los triunfadores son los que predicán, los únicos que viven sin miedo y sin responsabilidades, ya que la grandeza del alma convierte al hombre en semidiós y le hace producir frutos de bendición, por medio del Arte que es pasión y sentimiento, en el apostolado de la palabra que es luz y es fuerza.

Pero, este apostolado grandioso, lo hemos de ejercer por la caridad, por el amor, confundiéndonos en las filas de los combatientes y exponiendo el pecho, si fuese necesario, para recibir la herida, en defensa del hermano.

El problema de la regeneración social, para nosotros, está mal planteado desde sus orígenes. Estudiemos, ante todo, el alma de los pueblos cuyo mal pretendemos curar, para ordenar esa fuerza desordenada de su propio querer, la rebeldía suprema de su propia naturaleza, la salvajez indomable de sus propios instintos, hasta donde no llega el poder de la palabra, si no va inflamada en los incendios del corazón, en las fraguas del amor, que es caridad, filantropía, fraternidad, humanismo; y hagamos así, que sea más eficaz, sobre todo, para las clases inferiores, el influjo bienhechor de la palabra que predica y enseña. Si; hagamos, como el Predicador de Judea, quien al dar el precepto, daba el ejemplo, que perdonó a la que había amado mucho y que con sólo el sermón de la montaña, que lo escuchamos todavía, al través de las edades, regeneró el mundo, iluminando los siglos. Sí: como Jesús, enseñemos a vivir a los individuos y a los pueblos con las alas prontas para el vuelo, combatiendo toda clase de egoísmos y miserias, y bendiciendo y perdonando!

Por lo demás, vos Sr. Noel, váis a hablar a un pueblo que trabaja y ama, donde la mujer tiene un trono que lo ha conquistado con sus virtudes, sus talentos y su belleza; donde la juventud batalla vencedora, dentro de las más severas disciplinas del pensamiento y de la acción; donde el obrero en su taller y el labriego en su pegujal levantan silenciosos el monumento de la ventura nacional: váis a hablar en la Universidad, aquí donde se aplaude todo triunfo y se reconoce todo merecimiento, porque ya su primer ilustre Rector supo elevar a igual altura la pluma de Solano y el cincel de Vélez; aquí donde reciben su bautismo de gloria todos nuestros profesionales, grandes industriales los más, e infatigables obreros de la acción social casi todos, como vos lo queréis; aquí donde está levantada la cátedra más que para ilustrar la inteligencia, para amoldar el corazón en el bien, preparando a los combatientes de mañana en las conquistas de la civilización: váis, en fin, a predicar a un pueblo que acepta la vida sin cobardías y sin vacilaciones, con todos sus dolores y sus responsabilidades, y que camina hacia el progreso, trabajando en la esfera de sus actividades, imperfecta, humanamente, pero poniendo en todas sus pasiones y sus actos eso que tenemos de divino: la fuerza del pensamiento y la fuerza del amor. Hablad, Señor, que la del predicador es misión nobilísima y santa, cuando servida por el corazón, eleva la inteligencia a las regiones de la verdad, para bañarse de luz y hacer reflejar su imagen luminosa a beneficio de los que se agrupan a su torno. Hablad, como lo habéis hecho siempre con la pasión, con el arrebató que caracteriza al profesional, con la sincera cordialidad que caracteriza al literato, con la gentil exquisitez que caracteriza al español, para que, con sus aplausos, mi pueblo os agradezca, sintiéndose más grande, sintiéndose más bueno.

## DISCURSO EN REPRESENTACION DE REMIGIO

### ROMERO Y CORDERO

Señor Rector: Comprofesores de la Universidad: Señoras y Caballeros.

A Remigio Romero y Cordero le conocéis mejor que yo. El es vuestro; y en esta hora solemne y triste de su ascensión fatigosa y solitaria, no al Tabor sino al Calvario que se llama gloria humana, es absolutamente vuestro: es más vuestro que mío, porque el triunfo no es sino el producto del esfuerzo colectivo —con todas sus angustias y grandezas—, que se condensa en la sangre y las lágrimas que el triunfador pone en su obra; porque la fama, eco que, resonando en la conciencia ciudadana, se prolonga en veces hasta los confines luminosos de la historia, no es sino el reclamo cariñoso, la voz hermana de quienes compadecen a una víctima o comparten del dolor de un combatiente: y porque la gloria mismo, limosna para el alma, rayo de luz que cura las heridas, gota de agua que refrigera en la fatiga, no es sino el resplandor de las virtudes sociales que se proyectan a lo largo del camino, para alumbrar las sendas de la cumbre, bañando de claridades al viandante o siquiera agigantando su sombra.

Presente él aquí: de nuevo en la tribuna donde la última vez recitó los versos inmortales de la madre idolatrada y eternamente ausente, haciéndoos tiritar con el frío de la orfandad, y besando, de rodillas, con el alma, vuestra mano cari-

ñosa y pronta para el aplauso; él habría acertado con la frase cordial, el homenaje inspirado, la actitud gallarda y la pasión activa, para entregaros dignamente, todo el tesoro de su gloria, si tal pudiera llamarse el aplauso generoso que el Ecuador no niega a sus hijos, y que no le ha negado a él, tan triste y solo, tan solo y triste en las soledades de la vida, más espantosa, en esa relativa cumbre a donde fatigosamente ha ascendido, impulsado por vosotros, cómplices en el triunfo y cómplices en la gloria.

Si, Señores: Remigio Romero y Cordero presente ante vosotros, después de haberse confesado culpable de ensueños y de tener el alma enferma de infinito, habría reconocido que su obra es incompleta, que ella necesita ser corregida y aumentada en cantidad y calidad; y os habría tributado el homenaje más profundo y sincero de afectos y de gratitud, con frases más íntimas que las que tuvo, cuando dijo: "a todos —a los que me aplauden y a los que no— mis gracias. Así no me desarraigo de la realidad ambiente ni me permito fuga alguna de la vida tal como es ella". Pues, sabe él que hay zarzales en el camino y amargas realidades y cansancios en el peregrinaje, y no huye, no ha huído jamás de las responsabilidades de la vida, de esta vida, según su propio decir, "tan estúpida y mala, que cuando nos golpea, golpea en el ala".

Para el laureado Remigio Crespo Toral, nuestro poeta por antonomasia, el poeta de América, habría tenido, en la elocuencia del silencio, la emoción de las lágrimas, reconociéndole, como lo es en verdad, tres veces Maestro para él —por el consejo, por el precepto y por el ejemplo—.

Para sus profesores y deudos que aquí se agrupan, ayudándole a pagar deudas sagradas, para ellos que modelaron su corazón en el bien, ensayándole el vuelo a la altura, para ellos el abrazo cordial, repartiéndose, a prorrata de la fatiga, el premio del responsable vencedor de un puñado de versos,

aturdido súbitamente con la sorpresa de un triunfo que le hace exclamar: "los jardines debieran ser proclamados en los juegos florales, por la inconsciencia de cuajar unas rosas, unas cuantas rosas..." A sus compañeros y amigos les diría que ser poeta es algo dulcemente humano, alentándoles a la victoria: y para su pueblo, y para la Patria la porción más íntima del alma.

Y qué, para vosotras, Señoras? Ah, para vosotras, bellas damas, gentiles niñas, la promesa de que su arte, "si es arte alguna vez, delante de vosotras doblará las rodillas, como los caballeros que antaño y hogaño, tuvieron y tienen el buen gusto de morirse de amor".

Y cuánto vale ésta, al parecer insignificante promesa, de despertar el ardor caballeresco para las creaciones poéticas; de resucitar las aventuras de la galantería, el vasallaje a la hermosura, el apasionamiento al ensueño, el delirio por lo inmortal, que hacen del lema FE—PATRIA—AMOR, el signo cabalístico de la victoria, el lábaro santo de las huestes que marchan al ideal. Pues fué en el Senado de los Puys de las moradas señoriles, en el Divino Areópago femenino, o en las Cortes de Amor de las hermosas castellanas donde surgió la eterna primavera del alma, la juventud en flor, el imperio de la belleza, el triunfo de la vida, en el culto por el amor, en el bautismo de gloria con que se inician los predestinados y los pueblos que triunfan. El triunfo, merced gratuita que se concede a los que amontonan montaña sobre montaña, para escalar al cielo; el triunfo que todos buscamos como ración de inmortalidad, como pan cotidiano de vida, no lo consiguen sino los fuertes, los que saben amar y son amados, los que no se contagian del mal de las razas, —la locura de la inquietud y de la duda con que se pretende matar el dolor de la vida, —ni se contagian del mal del siglo—, la locura de la vida con que se intenta amortiguar el dolor de la derrota y de la caída—.

Virtuoso es el pueblo que, como vosotros, siente y ama; grande es el pueblo que, como vosotros, glorifica y premia a los que doloridos van a la crucifixión incesante de la creación artística. Y porque sois un pueblo nacido para los refinamientos del arte y amante de lo bello, lo noble y lo santo; y porque esta tierra es tierra de grandes maestros, de insignes literatos, de poetas de renombre, donde la grandeza es igual a la generosidad y la benevolencia compañera del civismo, vengo yo, aquí, en ausencia de Remigio Romero y Cordero, con la timidez y el profundo acatamiento que, en todo tiempo, me han inspirado vuestros méritos, para rendir público homenaje de gratitud a vosotros, promotores, ejecutores, cooperadores y solemnizadores de esta manifestación cariñosa de aplauso a quien yo represento, y deciros como lo pide él mismo, que si alguna enseñanza práctica hemos de adquirir en estas solemnes demostraciones de cultura social, hagamos por el triunfo del amor, por el apostolado de la palabra, combatiendo toda clase de egoismos, para sentir el supremo deleite de ser fuertes: aprendamos a vivir con las alas prontas para el vuelo, aceptando la vida con todas sus responsabilidades y trabajando, cada uno, en la esfera de sus actividades, imperfecta y humanamente si se quiere, pero poniendo en nuestras pasiones y en nuestros actos, todo lo que tenemos de Dios: pensamiento y corazón.

Esta fiesta de benévola generosidad para quien ha hallado gracia en la conciencia y el alma ecuatorianas; fiesta dedicada a un cuencano que, sintiéndose árbol cañari, ha vivido a merced de la espléndida naturaleza de esta tierra fecunda y hermosa, para ser el cantor de la Patria y la Raza, del mar y los volcanes, del cóndor y las tormentas, de las capulicadas y las rosas, del misterio y de la vida en versos mezcla de sol, de trigo, de mañana, de flor de yerbabuena; esta fiesta para el versificador que, en culto al amor, al dolor y a la belleza, tiene no sé qué suave manera de tratar a los rebaños. . . el que dijo sus quererres a Crisantema . . . el hierático

inventor de nuevos ritos, para dividirse por mitades la tristeza con el sol... el confidente de Malena, a quien pregunta si existe el insomnio en los sepulcros... el que recitó la elegía del terremoto en la blasfemia del cosmos, y la elegía de las banderas, "cuando las olvidó la propia gloria, en el árbol sin sol de unas laderas"... Esta fiesta para el último bardo condecorado de vuestra progenie cuencana es una fiesta de familia, fiesta del alma paisana de las rosas y los capulies, banquete de castas alegrías, ágape de dulces manjares; y no significa, en los anales de nuestra vida ciudadana, sino la conmemoración de una fecha —11 de junio de 1933— gloriosa y santa, como recuerdo de un triunfo, y el grato recreo de grabar un nombre que nos es querido, en la corteza de laurel siempre en flor de esta tierra de inmortales.

Pero, hay algo más sagrado para el culto donde oficia la Patria Grande. En el momento actual en que parece que asistimos a la agonía de los héroes, al suicidio de los redentores, a la apostasía de los mártires, a la caída de los apóstoles, hemos escuchado himnos de gloria y cantares de aplauso y de afectos; hemos presenciado el misterio, casi eucarístico de caridad de la condórica raza ecuatoriana, en la compactación étnica del alma y la conciencia nacionales, para el ideal. Por ello, si es una apoteosis la que en estos días se ha tributado a Remigio Romero y Cordero, esa apoteosis es para el Azuay. Si, Señores: espléndida, opulenta, en derroches de magnificencia de todo género, en Quito y Guayaquil: especializándose en el tributo las provincias de León, Carchi, Loja, El Oro, y en mancomunidad de fraterno aplauso todo el Ecuador literario y cultural, acaba de rendir homenaje muy sincero y valioso a Cuenca.

Inclinad, poetas, la cabeza; inclinadla, nobles damas; inclinadla, ilustres representantes de la grandeza ciudadana del Azuay, y recibid el galardón con que, la blanca mano de la aristocrática Reina de la Belleza de Quito, Doña Isabel León

y Aguirre, os glorificó, al condecorar gallarda y gentil, a vuestro Remigio, quien si es cierto, de sus átavos heredó el funesto don del canto, de vosotros recibió su educación moral y científica, su formación literaria, sus energías de combatiente y sus resignaciones de proscrito. Sin vacilar, aceptad, señores, esa ofrenda nobilísima de vuestros hermanos, y probad, con vuestras hidalgas y santas virtudes, como lo estáis probando ahora, que el alma cuencana sabe amar y sabe agradecer; que es un alma, como diría Romero y Cordero, que no le importa el dolor. Por encima de él hay algo más grande: el amor del dolor . . . Y junto al amor y junto al dolor, la gratitud.

Que yo deba recoger, también, la mínima porción de gloria que en el triunfo de mi hijo me corresponde? No lo rehusaría, señores, si no estuviera ya plenamente indemnizado, con haber recogido todo el lote de angustias y sinsabores con que se llega, sin bordón y sin sandalia, a esa montaña trágica, donde él ha dicho: "nadie envidie el sitio en que estoy".

Seguirle en la calle de la amargura, enjugar su rostro dolorido y estar junto a la Cruz, resignado y sereno, tal ha sido mi misión, ya que el mártir no tiene madre en la tierra, esa madre que al ver al hijo en la cumbre desolada, habrá llorado llanto de eternidad en compañía de los dos hermanos, ensangrentados de tragedia, que van camino de la inmortalidad, y para quienes mendigó flores, en la hora solemne de la crucifixión, ya que su corona era sólo de espinas. Si, señores, he recogido ya mi salario de gloria: he llorado, nõ con lágrimas de fuego, nõ con lágrimas que escaldan, sino con lágrimas de ternura que son rocío para el alma . . .

¿Lo dudáis? En las inmensas soledades de mi existencia, donde lucho con la cara al sol, sin escudo y sin corazón, no tengo ni una queja ni un reproche; porque yo creo y espero, porque yo amo y rezo, repitiendo sin cesar mi plegaria

a Dios, individual y mía, que expresa mi dolor propio y mi habla peculiar, ya que sólo suben al cielo las oraciones que, en el silencio del corazón, son individualmente sentidas, son íntimamente forjadas. Mi plegaria, la plegaria que dulcifica las amarguras de mi vida, que es lamento y resignación, angustia y rebeldía, la he repetido en estas horas de inquietud más insistentemente, y en tan altas voces que el Dios bueno, el Dios de los tristes, el Dios que bendice el infortunio, el Dios de mi plegaria, se ha llegado a mí, y me ha sonreído con la dulzura con que sonríe en la espiga y en la flor, con la suavidad con que sonríe en la herida y en las lágrimas, y me ha pagado con usura mi salario... loado sea Dios, señores.

Confiando en esa Providencia Divina, cumpliré también con vosotros, mi deber. Rendido, en acatamiento y devoción, me habéis contemplado más de una vez, para agradeceros mercedes que exceden a la ponderación; y hoy, en este cenáculo de la belleza azuaya, donde se han dado cita la elocuencia que arrebató, la poesía que embelesa, la música que conmueve, la pintura que emociona, ah la pintura que obedeciendo al poder creador del inspirado artista Don Luis Pablo Alvarado, quien ha soñado al compañero de ensueños en la gloria y lo ha trasladado al lienzo, transfigurado por la inmortalidad, para que presida dignamente esta academia de ilustres; en esta Velada de Arte de tan imperecederas emociones para mí, yo quiero, yo necesito entregar a vos, Señor Rector, egregio limosnero, a quien debo limosnas de gloria desde mi niñez florida; a vosotros, insignes varones, que en esta hora me compadeceís; a vosotras, seductoras niñas y nobles damas aquí presentes; a vosotros, profesores y compañeros, sembradores de ideales; a vos, gallarda juventud, a mi pueblo todo, quiero entregar lo que tengo, lo que es mío... hojas secas, cenizas de un pasado no lejano, zarzas del camino, cicatrices o heridas que sangran todavía, musgos del cementerio... Pero qué digo? Hoy ha reverdecido un laurel en mi

huerto interior. Hoy tengo una ofrenda digna, porque vosotros mismos la habéis dignificado: el corazón de mi hijo —no el corazón glorificado que es obra vuestra—, el corazón sangrante y agradecido, combatiente y apasionado, con todas sus ternuras e ilusiones, con todos sus ensueños y nobles ambiciones... y algo que es más propio: el corazón mío, que también sabe agradecer, que también sabe adorar, "primero a Dios y después a Vos" Patria idolatrada... No tengo más...

Ya se acabó la inspiración sagrada  
que incendia al corazón y le consume.  
Poeta del dolor llevo en el alma,  
un manojo de flores sin perfume.

## DISCURSO EN LA INAUGURACION DEL MONUMENTO A BOLIVAR, EN QUITO

Bolívar herido ya de muerte por ingratitudes y traiciones: decepcionado y triste ante la borrascosa disolución de Colombia la Grande, la soñada, la bien amada: proscrito en la misma tierra que redimió con su espada libertadora; y calumniado y combatido por toda clase de tempestades en la alma tuvo en esa hora nefanda la adhesión constante del Ecuador, como consta de documentos que son páginas gloriosas de su historia, sencilla y honrada, escritos no con la pluma de acero de los combates, sino con la del ave que vuela, del ave que nos enseñó acaso a vagar libremente por las alturas coronadas por nieve de la tierra ecuatoriana: documentos escritos por las manos fuertes y encallecidas de quienes sabían manejar noblemente las espadas y romper las cadenas, que nos traen para el alma el perfume de santidad, de honradez, de ternura, de rectitud y de grandeza de nuestros padres: y que sanando con su poder balsámico, talvez crueles y ocultas heridas, nos recuerda el pacto de gloria, el pacto eterno que ellos celebraron con Bolívar, ligándonos también a nosotros que somos los hijos de sus hijos, con vínculo étnico más fuerte que el de la justicia y el derecho, con el vínculo de la sangre en la comunión de las almas por el amor.

Por ello el Ecuador al erigir el templo más colosal para el culto al Libertador ha querido despertar el corazón del pueblo para el patriotismo y la gloria, recordándole no sólo la gran-

deza en la inmortalidad de Bolívar, sino también la procera nobleza de su abolengo, su nacimiento a la gloria y la limpieza de su sangre para el ejercicio de las virtudes patrióticas en el triunfo del bien y las conquistas de la libertad.

El Azuay que vió nacer en su solar a Calderón, el adolescente eternamente glorificado por el mandato supremo del que fue árbitro de la paz y de la guerra y soberano en los dominios de la historia y la inmortalidad; y vió nacer así mismo en sus lares a La Mar, gallardo Mariscal, émulo en grandeza de los más grandes capitanes, aunque tuvo la desgracia de hollar la tierra de Colombia y de profanar el suelo natal, iniciando la jornada de ingraticudes para con Bolívar. El Azuay necesitaba distinguirse en la ofrenda y en el exvoto de esta fiesta verdaderamente ecuatoriana, pues si el Azuay con ternura de madre supo bendecir al uno y perdonar al otro, los azuayos obligados estamos en la tributación de nuestro homenaje de devoción y glorificación para Bolívar, a poner jirones de nuestra alma morlaca o sea algo que tenga virtud propiciatoria y expiatoria, para cubrir así la tierra fecunda y buena que la tiñó con sangre un hijo predilecto empuñando en mala hora la espada fratricida y arrinconando en el olvido la colombiana, gloriosa y libertadora.

Y es tanto más imperioso para mí este deber, como representante de la mi patria chica y adorada, que voy a hablar, que he solicitado hablar en esta Asamblea tan ilustre y respetable, donde me escuchan ciudadanos de todas las naciones bolivarianas, de esas que reconocen a Bolívar como redentor, no como conquistador de pueblos, y deciros por escrito, a fin de ser yo el único responsable de mis conceptos, que el Azuay si se gloria por ser cuna de Calderón se gloria al mismo tiempo por ser cuna de La Mar, tan grandes y desemejantes los dos en los destinos de la vida y proscritos ambos en la muerte, ya que los dos se han dormido en tierra extraña y el polvo inmortal de esos nuestros más ilustres gue-

rreros azuayos, no ha venido a mezclarse con la tierra nativa, ni les arrullan en el suelo eterno de la gloria los ríos que les cantaron al nacer, ni les presta sombra el follaje del paisano capulí, porque ambos necesitan estar presentes en la conciencia ciudadana en el momento más solemne de la historia de la glorificación al Libertador. Porque si sabemos que Bolívar es tan grande que no tiene rival como héroe, mártir, redentor; para él no hay loanza ni incienso nuevos en su altar de semidiós y necesita más bien para pedestal de su culto las glorias de quienes compartieron en la vida las fatigas del combate y las alegrías del triunfo.

Si señores, esta es hora de paz, de reconciliación, de amor para la familia bolivariana: hora en que debemos estar unidos los del pasado y del presente, para dictar enseñanzas saludables a los bolivarianos del porvenir. Si La Mar tuvo algún error político, si alguna vez arrancó lágrimas de los ojos compasivos de la madre cariñosa y buena, perdonémosle, porque fue grande, porque fue héroe. Yo os lo pido, a nombre de Bolívar quien le distinguió con sus afectos, le honró con sus elogios: lo pido por la sangre inocente de su paisano Calderón, que sirvió para el bautismo de martirio del Ecuador, en las faldas del Pichincha donde alcanzó su independencia.

Soy ecuatoriano de raza, soy republicano demócrata de convicción, soy cuencano por la prosapia de libre, he cumplido mi deber de paisanaje y ciudadanía, quiero como participante del homenaje a Bolívar añadir que la política etnárquica, la tiranía del oro con el mal de las razas —la locura del narcótico y la duda para matar el dolor del pensamiento— y el mal del siglo —la locura de la vida para amortiguar el dolor de la derrota y la caída—, llenan de espanto y de inquietantes palpitaciones el corazón de la humanidad. El mundo todo se retuerce en horribles contorsiones, entre histéricos espasmos y muecas de dolor. Las naciones bolivarianas a tientas en su jornada, van sin bordón y sin sandalia y llevan amén

del polvo del camino la sangre y las lágrimas con que se forma el lodo del pantano. Todos los horizontes están cargados de tempestades: hay ruido de cadenas y estertores y agonía: el odio y la calumnia agitan las sombras amargas del mar embravecido de la vida: hay rechinar de sables y gritos de angustia y desesperación. Taciturnos y recelosos los Estados republicanos y los monárquicos, los constitucionales y los absolutos, en torno de la mesa diplomática, manoseando lascivos el oro que corrompe o el plomo que destruye, se amenazan entre sí de muerte y se pagan las deudas de venganza y los pactos de odio con que se mantiene el equilibrio de Europa en la política internacional.

Qué hacer en esta hora en que la naturaleza y el destino parece que se oponen a la marcha de la humanidad hacia las conquistas de la civilización de la democracia, de la libertad, de la gloria, del derecho? Qué hacer? Triunfar, como dijo Bolívar, enfermo, atormentado y casi abandonado en Pativilca. Sí, triunfar: palabra cabalística y profética que resuena todavía en nuestra alma ciudadana con el épico estruendo del incendio del parque de San Mateo y el solemne estampido del único disparo lanzado por Bolívar en el aterrador y augusto silencio de la batalla de Junín: palabra sagrada y redentora que tiene acentos de cañón y arpegios de lira, unidos a la sublime grandeza del beso de Napoleón al Águila Imperial, en Fontainebleau.

Triunfar. Sí, triunfar. Y para ello, es decir, para educarnos retemplando el carácter de las figuras del heroísmo, defendiendo el honor y manteniendo la dignidad ciudadanos, es preciso conocer quiénes fueron nuestros mayores, quiénes fueron esos héroes, esos próceres, esos mártires, esos apóstoles, esos patriarcas venerables y venerandos que al legarnos una patria grande y libre, nos legaron también enseñanzas y ejemplos para triunfar en la vida. Y si hay alguien que nos observe, dentro o fuera de la República, que nos contemple esta vez

leyendo nuestra historia, auscultando nuestro propio corazón, como homenaje a Bolívar, en solidaridad al través de las edades, con los ecuatorianos del pasado, del presente y del porvenir.

Por lo demás Bolívar es grande, inmensamente grande delirando en el Chimborazo o saltando en el Tequendama sobre el vértigo, para hollar la piedra coronada de espumas que le sirviera de pedestal al otear el abismo: derrotando a las huestes reales en los campos de batalla o conduciendo el corazón de Girardot, desde Bãrbula a Caracas, sobre las armas libertadoras y entre pompas marciales: dictando leyes o fundando repùblicas: negociando la paz o imponiendo el derecho: resignando el poder supremo ante el Congreso o haciendo obedecer los códigos y la Constitución de los pueblos; disciplinando al Ejército invencible de Colombia o decretando honores imperecederos a los héroes y mártires de la libertad: rehusando el trono o cargado de laureles: disertando sobre arte, política, filosofía, etc., etc. o arengando a las tropas para el combate: convocando la Asamblea Anfictionica de Panamá o arbitrando recursos para la guerra: despertando la conciencia ciudadana para la democracia o perdonando a sus enemigos: decepcionado y lleno de contrariedades o aclamado por las multitudes: rodeado de sus generales u organizando la administración del gobierno del Estado: apoyado en el pomo de la espada o con la pluma en la mano: caudillo o tribuno: legislador o presidente: revolucionario o ciudadano: vencedor o vencido: en el vivac o en los salones: jurando sobre el monte Aventino o agonizante en Santa Marta Bolívar es inmenso, inconmensurablemente inmenso, pues con Colón, con Pizarro y Cortés, con Wãshington y algùn otro, llena las páginas de la historia cinco veces secular de un hemisferio, es decir, de la América libre que, física y moralmente, contrapesa a los viejos continentes, en la grandeza y gloria del mundo.

Por ello os pido, señores, en nombre de la patria que adoramos, en nombre de la unión bolivariana, que fijéis un momento vuestras miradas en la bandera nacional que decora la grandeza de Bolívar: es la bandera tricolor de Miranda, esa bandera que guió a las tropas republicanas para la victoria, ennegrecida por el humo de cien batallas, descolorida por los rayos del sol tropical y desgarrada por el huracán de las cordilleras: la bandera que sostuvo Calderón mutilado en Pichincha: la bandera, en fin, que nos legó Bolívar después de glorificarla con sus épicas hazañas y sus heroicas proezas, para que nos sirviera de enseña de combate en todas las luchas por la justicia, en todas las avanzadas de la democracia. Sí, contemplad el pabellón tricolor y besad con el alma ese estandarte sagrado, renovando el juramento de nuestros mayores, el juramento de adhesión y gratitud eterna a Bolívar, y pacto sagrado y eterno también de la unión bolivariana que es no sólo imperativo histórico, sino una exigencia improrrogable re la política internacional y el único factor para la unificación del pensar y el obrar bolivariano que, concorde con la política del A B C (Argentina, Brasil y Chile) formará la conciencia hispano-americana para el triunfo y el bolivarianismo del Continente de Colón. Y luego...

Y concluyo ya: Señor Presidente de la ilustre y benemérita Sociedad Bolivariana del Ecuador: las dos Provincias azuayas me han comisionado para colocar en el suntuoso y espléndido Monumento erigido en esta Capital la Primera ofrenda votiva al Libertador, y os entrego a Vos, para que la elevéis como hostia santa, como hostia de reparación y culto hasta el corazón mismo de Bolívar cuando lo juzguéis conveniente. Pero, os suplico que entonces digáis, en nombre del Azuay y del Cañar: Ecuatorianos en alto los corazones que en esta hora un pueblo que siente, que canta, que piensa, que trabaja, se arrodilla en holocausto de amor, para ofrendar el Exvoto de culto al Libertador por el milagro de ayer de libertad y gloria y en impetración por el milagro del futuro

de paz y reconciliación de la familia bolivariana, que el Azuay ha perfumado su ofrenda con las flores que cultiva en el alma, consagrándola con la leyenda de sus blasones.

Y por fin decid a Bolívar: —Señor, desde el excelso trono de inmortalidad y gloria en que os contemplan las edades escuchad la oración de nuestro pueblo que es la misma de siempre: —Bolívar, primero Dios y después Vos que sois para nosotros Patria, Ideal y Bandera.

## DISCURSO EN EL HOMENAJE RENDIDO POR LA UNIVERSIDAD DE CUENCA A HONORATO VAZQUEZ

Señor:

La ley del sacrificio, no la del egoísmo, que es la ley fundamental de la vida de los seres superiores, al regular sus actividades, en cuanto el sacrificio es emisión o desgaste voluntario de las fuerzas psíquicas, para el provecho, desarrollo o perfeccionamiento de los demás, fecundiza, es cierto, los eriales del corazón, produciendo, en una expresión de alegría casi divina, el supremo deleite de ser fuertes y haciendo brotar el ideal, estrella guiadora de los genios al Belén, donde resplandece la Verdad y se adora al Bien; pero aumenta, al mismo tiempo, la amargura de la sensación, que se convierte en sentimiento por el deber, y añade el dolor del pensamiento, o sea la inquietud torturante de la concepción.

Por ello, vuestro penoso y fecundo apostolado, innegable para la ciencia y la historia, ha despertado en toda la República entusiasmos patrióticos de adhesión a vos, de aplauso a vuestras tareas religioso-político-sociales y de admiración a vuestras virtudes; y el Ecuador entero, sin distinción de credos, de partidos, de jerarquías, de clases, se agrupa en torno vuestro, para amasar con el polvo de la gloria la sangre, las lágrimas, el sudor del peregrinaje, y mitigar la sed y calmar las angustias de vuestra alma grande y buena, que todavía combate, que todavía vigila, que todavía trabaja; porque la

misión del apóstol no es de triunfar, es de defender, y necesita de más abnegación, más perseverancia, más fatigas y más dolores aún que la del mártir.

Estáis, señor, en una hora solemne de vuestra vida, en que herida, hasta la modestia, ese suave tinte del pudor del alma en la grandeza, sentís el martirio de la gloria en la más cruel de sus manifestaciones, la de la apoteosis humana, que muchas veces no es sino el ruido del festin, para ahogar el sollozo de la víctima o la púrpura irrisoria con que se cubre la glorificación, antes o después del suplicio.

La Universidad de Cuenca, vuestra Universidad, os ha salido al encuentro, con el lienzo de la Verónica en la Calle de la Amargura; y os acompaña muy de cerca en esta cumbre que no sé si es la del Tabor o la del Calvario. Ella mendigó afectos y recogió flores del alma para la ofrenda de este día, que ha debido amanecer, que ha amanecido al fin; porque el Ecuador necesitaba probar, como lo está haciendo ahora, con este devoto homenaje nacional, que aquí todos somos hermanos y que la nobleza es virtud solariega, aquí, donde la primavera es perpetua en la tierra, en el cielo y en el alma, ya que el pueblo ecuatoriano, de ilustre abolengo y de heroica historia, comprende el valor de la inmolación, el precio del martirio y la magnitud del esfuerzo de quienes emprenden la ascensión fatigosa al altar de los sacrificios, en donde se redime, se salva y se regenera a las multitudes, por el holocausto propiciatorio del propio corazón.

Por lo demás, si la misión del apóstol, si vuestra misión, es de defender, nadie mejor que vos ha cumplido y está cumpliendo tan difícil, tan trascendental, tan augusta misión.

Defensor de la Patria en su integridad territorial y en su decoro como nación habéis ido hasta el sacrificio del sacrificio, si vale la frase, para significar la abnegación con que

aceptásteis ese cáliz de los dolores, acaso de rodillas, ensangrentado y dolorido, poniendo para ello todo el fuego del patriotismo, todo el poder de vuestra inteligencia privilegiada y toda la luz de vuestra vasta, múltiple y sistematizada cultura jurídica, científica, histórica y literaria.

Mal planteados nuestros problemas diplomáticos y nuestras querellas internacionales, no por falta de virtudes o de talentos en los hijos ilustres del Ecuador, sino por el medio en que ellos actuaron y las complicaciones históricas que produjo la disolución de la Gran Colombia, por situaciones políticas y combinaciones diplomáticas, más o menos imprevistas; es lo cierto que se os entregó la defensa ecuatoriana llena de enredos, en el procedimiento, sujeta a pautas jurídicas sin técnicas ni fundamentos sólidos, y con la absurda limitación de las reclamaciones y alegaciones a los términos del Protocolo Pedemonte-Mosquera, lesivos de nuestro derecho, injurídicos y contradictorios con el Tratado de Guayaquil al cual tenía que referirse.

Yo no atribuyo eso que se ha llamado errores o fracasos de la causa ecuatoriana a nuestros diplomáticos, a nuestros internacionalistas, a nuestros jurisconsultos, a nuestros gobernantes, a nuestros legisladores; porque, desde don Pedro Moncayo, turbulento combatiente pero gallardo iniciador de nuestro proceso sobre límites; desde el Ministro Valdivieso, primer negociador, hasta el actual Secretario en Relaciones Exteriores, Ministro Zaldumbide, todos los defensores y gestores en la causa de la Patria son dignos de admiración, de aplauso y gratitud en el presente y en el futuro. Ni menos juzgo que en ello tengan que ver las discordias y luchas de los partidos que se disputan el poder y la dirección de los negocios del Estado; porque desde nuestra emancipación política, venimos probando en las fatigosas jornadas de la historia, en los combates con la espada o con la pluma, y entre las angustias de la derrota o los anhelos del triunfo, que los ecuatorianos for-

mamos un pueblo altivo y varonil, que depone rivalidades y resentimientos, para unirnos como buenos en los grandes conflictos internacionales, porque sabemos lo que vale tener Patria, Constitución y Bandera . . .

Si he mencionado, señor, en este día de vuestra gloria las deficiencias de concepto o de derecho, con que se os confió, sin beneficio de inventario, la defensa de límites, ha sido para comprobar que no fue por culpa vuestra, ni siquiera los incidentes previos, que en materias jurisdiccionales y en asuntos de derecho, se anotaron en la Corte de Madrid, como lo demostrásteis vos mismo, cuando inhibido el Real Arbitro Español, es decir, cuando rotas las trabas que teniais como Ministro, sujeto a las instrucciones de la Cancillería, escribisteis como internacionalista y jurisconsulto eminente, el Memorandum final, donde hay doctrinas, principios y enseñanzas de alta jurisprudencia que han de servir no sólo para la defensa ecuatoriana, sino para la ciencia en general; pues habéis llegado a la exposición doctrinaria de teorías importantísimas, vagamente columbradas por el doctísimo Sánchez Román y el no menos ilustre Márquez de Olivart.

Pero, no es esto todo. Debo, asimismo, declarar aquí, con ingenua franqueza, que en algunos puntos de la alegación, nó de la exposición, disiento de vuestro autorizado criterio jurídico, por natural deficiencia de mis aptitudes; y valga esta confesión para la sinceridad de mi aplauso, especialmente, cuando reconozco, como lo he reconocido siempre, que habéis defendido heroicamente a la Patria, sin jactancia, sin miedo, sin debilidades, con la conciencia serena del hombre grande y honrado y con la fuerza invencible del hombre convencido y docto. Sí, señor, jamás vaciló ni vuestra ciencia de profesional, ni vuestro patriotismo de ecuatoriano.

¿Ceder territorios? Imposible. Vos sabéis bien que no hay cuasi integridades, y que el honor, el decoro y la digni-

dad de la nación, se fundan en la conservación incólume de los derechos que integran su territorio y su soberanía, y también su constitución de pueblo de raza altiva y consciente de su ser y su destino; y sabéis también que el jirón más insignificante del sagrado suelo ecuatoriano no es nuestro, es decir, de las generaciones presentes: lo poseemos solamente como patrimonio y herencia de nuestros hijos, que costó torrentes de sangre, innumerables sacrificios y los milagros del heroísmo de nuestros mayores, al darnos Patria libre y honrada.

En pro de la paz, supremo bien, en pro de la fraternidad, supremo ideal; en pro de la unidad etnárquica y la solidaridad del Continente, suprema aspiración de la conciencia ciudadana, cedemos lo que libremente podemos ceder, dentro del derecho y la justicia. Si la fuerza de la ley y de la razón nada vale, y si el Dios que juzga y castiga a las naciones, así lo consiente, venga la fuerza de mano armada, la violencia, el despojo, la usurpación. Consúmese el crimen, no importa: la víctima siempre es gloriosa.

Haber defendido con patriotismo y conciencia, en justicia y derecho, sin que jamás hayáis dejado de ser grande, elevado y pulcro, ni hayáis sentido cansancio, ni hayáis cedido ante la amenaza o la astucia, es la enseñanza más santa y patriótica para las generaciones del porvenir, y constituye una de vuestras más altas glorias. La copiosa literatura jurídico-diplomática de vuestros memorandums y memorias, de vuestras demandas y alegaciones sobre fronteras nacionales; vuestras actividades en la Cancillería y en el Gabinete de Estado, y vuestras tareas y gestiones como Ministro en el Perú y en España, os hacen el primero entre los nobles e ilustres defensores del territorio; y si no tuviérais otras ejecutorias para merecer la inmortalidad, bastarían estos esfuerzos para proclamaros como el reivindicador por antonomasia de la soberanía y la heredad del Ecuador.

Defensor de la Religión, de las libertades republicanas, de las garantías ciudadanas y de las instituciones democráticas, habéis dominado, en Congresos, Municipios y Academias, con el fuego de vuestra palabra convincente y docta, en pro de la libertad de enseñanza, de la santidad del matrimonio, de la libertad electoral, de la autonómica interdependencia de las entidades políticas que actúan en la vida interna del Estado, y de la unidad religiosa, como vínculo étnico para la compactación de ideales y la conquista de la civilización. En la tribuna y por la acción social, habéis defendido al obrero y al indio, habéis predicado el evangelio de la democracia cristiana para las clases desvalidas u oprimidas; y habéis trabajado, sin tregua, por nuestros compatriotas de las selvas que, desnudos, sin cabañas y sin cultura, vegetan miserablemente y casi fuera de la protección de las leyes. Con el ejemplo, con la acción y la palabra habéis defendido también a Cristo, nuestro Dios y nuestro Rey; y combatís todavía, sereno y esforzado, para que no se arranque el crucifijo de la escuela donde necesita proteger a la inocencia; del hospital, donde necesita curar las dolencias; del taller, donde necesita bendecir la fatiga y atizar la lumbre del hogar; de la cárcel, donde necesita regenerar y perdonar la culpa. Si no fuérais tan grande, por más de un concepto, bastaría llamaros ahora el Mantenedor por excelencia de las garantías religiosas y políticas del pueblo.

Defensor de la raza y la civilización, en vuestro escritorio de literato y en vuestro sillón de académico, habéis trabajado y trabajáis por la raza, defendiendo la pureza y casticidad del idioma, que es religión y culto para los pueblos; idioma en que hablaron Alfonso el Sabio, Cervantes y Teresa de Jesús, idioma del Romancero y del Cid, de Pelayo e Isabel la Católica, de los que combatieron cuatro siglos la invasión sarracena y conquistaron el mundo americano; idioma sagrado que hay que defenderlo también contra las odiosas tiranías de dómines y cultiparlantes que, con reglas y en falsas tur-

quesas, pretenden encerrar la fuerza creadora del idioma, la amplia y majestuosa libertad del pensamiento, para encarnarse en la palabra.

Vuestros estudios de erudición, de búsqueda, lingüística, gramática y lexicográfica; de lucubración y raciocinio, en filología y orígenes del idioma, y de exposición y enseñanza, en filosofía del lenguaje, han formado discípulos aventajados en el Ecuador; y vos, adiestrado más, por el magisterio, a inculcar el abolengo de las voces, el ritmo de la frase, la propiedad de la expresión, el secreto de la sintaxis, la arquitectura, en fin, del idioma, habéis llegado a acabar vuestros conocimientos, hasta constituíros en maestro del bien decir, en autorizado juez de controversias y dudas de académicos y literatos, y en continuador de las labores civilizadoras, improbas y eruditas de Bello y Cuervo, en América. Si vuestras conquistas profesionales no fueran tantas y variadas, bastarían éstas para vuestra gloria y para vuestro renombre en la República de las Letras Hispanas, como noble defensor del Idioma y de la Raza.

¿Pero, estoy llamado, acaso, a hacer la apología de vuestra vida meritoria, por todos conocida? No, señor. Si pude hablar, osado, de vuestros méritos, fue ello para demostraros que es sincera y consciente la tributación de homenajes que hoy recibís del Ecuador agradecido; y para recordaros, además, que, si el héroe descansa después del triunfo, el apóstol no tiene reposo jamás; porque defender es su misión: defender, que significa constancia, actividad, desvelos, abnegaciones y fortaleza y valor.

Hay pues, que sufrir, señor; hay que luchar todavía el buen combate con heroísmo; hay que llorar, y de nuevo emprender la tarea, abnegada y sonriente, defendiendo todo derecho conculcado, predicando el evangelio de la ciencia y ejerciendo el apostolado de la palabra.

De cerca, muy de cerca, os acompaña, señor, el pueblo ecuatoriano, noble y generoso, honrado y trabajador, creyente y grande, para aplaudir vuestras conquistas de paz y amor, para enjugar lágrimas ocultas y compartir los dolores no comprendidos de vuestro corazón de mártir. Pues, yo debo declarar ya que el Ecuador ha querido manifestaros su adhesión en este momento, para derramar ternuras y afectos en vuestra alma, sedienta de sacrificio y hambreada de algo más que el oropel de la gloria; porque ésta no es una apoteosis, en el sentido humano, ajena siempre a la compasión que inspira la víctima; ni es una recompensa a vuestras labores de cultura, ni es un premio para vuestras fatigas de combatiente.

Sencillas, pero cordiales; sin esplendor si se quiere, pero ingenuas, son las manifestaciones públicas, en homenaje vuestro, de este día de gloria, que es día de la patria ecuatoriana. Y, ya lo véis, os traigo a nombre de la Universidad presidida ahora por Remigio Crespo Toral, el más grande de vuestros discípulos quien lleva también en su cabeza altiva la corona punzadora y torturante de la apoteosis; os traigo, digo, la ofrenda votiva del pueblo ecuatoriano, el album nacional de autógrafos, en que las autoridades eclesiásticas, políticas, civiles y militares, las corporaciones y las clases sociales todas dan testimonio auténtico de vuestra glorificación y de que en ella es partícipe, o más bien, agradecida glorificadora, la Nación entera. En este album, señor, están los autógrafos del Presidente de la República y sus Secretarios de Estado; de los Presidentes y Miembros de las Cámaras Legislativas; de la Corte Suprema y todas las Cortes de Justicia; del Arzobispo y todo el Episcopado; del Cuerpo Diplomático y Consular; de los Generales de la República y de los Jefes y Oficiales representantes del Ejército Nacional; de los Prelados y del alto Clero Secular y Regular; de Universidades, Colegios y más empleados de elevada categoría en el Ramo de Educación Pública; de las damas que figuran en la acción social, de los escritores, de las poetisas y de las que han sido proclamadas

por su belleza y sus virtudes en juegos florales o en las fiestas patrias; de los Presidentes de las corporaciones científicas o literarias, de las Asociaciones de Beneficencia y de las Sociedades Obreras, de banqueros y comerciantes; de profesionales e industriales, de literatos y periodistas; de todos los Gobernadores de Provincias, Presidentes de Concejos y Jefes Políticos; de Jueces Letrados y Vicarios Foráneos; de extranjeros ilustres que son nuestros huéspedes; y en fin de un sinnúmero de personajes que se confiesan vuestros amigos y admiradores.

Y es tan grandioso este homenaje, y es tan pura la ofrenda, que yo también me siento engrandecido con vuestra gloria y digno de las altas funciones que desempeño en esta hora solemne; pues, tengo como vos, la nobleza del dolor, ya que ambos, en la obscura soledad y frío del hogar, buscamos en vano a los seres que se han ido; llevo la divisa del Magisterio, ennoblecedor también, porque me hace vuestro compañero; y tengo, finalmente, la dignidad y categoría de mis comitentes, ya que aquí represento, no sólo a la docta e ilustre Academia Nacional de Historia, de la que vos mismo, señor, sois miembro ilustre y docto, sino también soy representante de los más fervorosos propagandistas de este homenaje a vos, de vuestros nobles admiradores, los preclaros personajes del "Comité Honorato Vázquez" de Quito, a quienes preside el jurisconsulto poeta Francisco Chiriboga Bustamante, el mismo que presidió el Municipio capitalino cuando se os declaró "hijo predilecto" de esa ciudad de las cumbres, la más cercana al cielo, física y moralmente; y de la Conferencia de San Vicente de Paul, de vuestros cooperadores de ayer, de los varones insignes, jóvenes inteligentes, distinguidos obreros que forman en sus filas; y además, del Lazareto de leprosos, del Asilo de Ancianos, de la Casa Cuna y del Patronato para socorrer labriegos, de la Escuela de Huérfanos, del Colegio de niñas pobres de la Beata Mariana de Jesús,

que la Conferencia protege, y de las doscientas familias agraciadas por ella.

Pe-presento, pues, en esta hora solemne y conmovedora, en que triunfan los dolores y el martirio, y en que palpitan con violencia los corazones que sangran, heridos en el combate; represento, digo, la virtud y la ciencia, el dolor y la gloria, el prestigio social y la dignidad, los anhelos y las aspiraciones, las angustias y las esperanzas de mis comitentes, las clases directivas y las desheredadas de la fortuna; de modo que al ofrendaros, señor, el album de autógrafos que guarda el pensamiento ecuatoriano, os entrego el corazón de todo un pueblo, de vuestro pueblo.

Sin vacilar, sin conmoveros: en silencio, en ese silencio de la paz, de la resignación; en ese silencio que embalsama, que santifica, que glorifica y eleva el espíritu, aceptad, señor, el homenaje y recibid la ofrenda que deposito en vuestras manos emocionado y engrandecido. Es el precio de vuestro pacto con la gloria, es el jornal intelectual y moral con que pagan los hijos de esta tierra hidalga, que saben perfumar la ofrenda con las flores que cultivan en el alma, los sacrificios de vuestra misión de Defensor de la Religión, de la Patria y de la Raza.

DISCURSO EN EL HOMENAJE A JUAN BAUTISTA VAZQUEZ,  
EL 28 DE FEBRERO DE 1942

Señores:

En dónde están los vengadores de la Patria y de la Historia, a quienes clama, en esta hora trágica y sombría, la conciencia atormentada y dolorida del pueblo ecuatoriano? Vencido el Ecuador en encrucijada cobarde, por alevosa y premeditada; vencido por la agresiva política del Perú, desleal y traicionera, violando pactos de honor y la fe empeñada que respetan todos los pueblos cultos: enredado en las redes diplomáticas de hipócritas mantenedores de la paz y de la interdependencia democrática, en el desequilibrio político del panamericanismo, el Ecuador se retuerce, con dolor e indignación, ahogando en sus sollozos ese grito mezcla de quejidos y rebeldía, que un día será himno de victoria, al son de las cadenas rotas de Prometeo, que se levanta airado en la roca del tormento, o será acaso de sol que cae, para abrirse tras la noche que llega, en aurora de luces inmortales.

Si; el dolor de hoy, el dolor que ennoblece, que regenera y redime, hará palpitar con más energía el corazón de la Patria idolatrada y pondrá sangre de martirio en sus agotadas venas; porque pueblos con ideal que saben morir como héroes, en las batallas por la libertad y el derecho; pueblos como el del 10 de Agosto, 9 de Octubre y 4 de Noviembre que rompieron las cadenas de la poderosa España, son pue-

blos que no perecen, que no pueden perecer jamás. El Ecuador surgirá, porque en medio de las tormentas de su alma grande y mártir, es el generador de un pueblo que tiene la convicción del ser y la voluntad de vivir, desafiando la locura colectiva que ruge con la furia de los cañones y el atronador bramido de las pasiones que pretenden apagar toda luz para el pensamiento y enturbiar toda agua que ha de saciar la sed del corazón.

Sacrificado el Ecuador en aras de la paz, la mentida paz del miedo, ante la lucha despiadada del mundo contra el mundo, que, cansado de odiarse a si mismo, sin fe, sin esperanzas, sin ilusiones y sin credo; en la aridez de la angustia y la postración de todas las energías, busca el triunfo, el bienestar y la gloria en la brutalidad de la guerra, en la embriaguez de sangre del antropófago, en la rabia del que se venga, en las convulsiones y el sadismo del agotado, incendiando ciudades, aherrojando pueblos, victimando al débil y asesinando al fuerte, pisoteando el derecho y aplebeyando la dignidad humana, entre el estruendo de las catástrofes y el estertor de la agonía, entre las blasfemias de la impotencia y las angustias de la lucha, entre las torturas de la desesperación y la asfixia del desconsuelo, hasta llegar a esta hora en que la Humanidad corre enloquecida, no sé a dónde, empapada en la sangre que, a raudales se desborda por doquiera, arrasando toda grandeza, profanando todo sagrado, prostituyendo toda conciencia y entenebreciendo todos los horizontes del espíritu. El altar del Crucificado y el trono, la cátedra y la tribuna, convertidos en astillas para combustible de la hoguera, menos siniestar y destructora que ese otro incendio infernal de las almas inflamadas en el fuego del odio y la venganza que todo lo derriba sin piedad.

Qué desconcierto tan completo, qué algazara tan loca, qué inquietud tan torturante, qué convulsiones tan dolorosas, qué ansias tan desesperantes, en esta hora de confusión

para el mundo, y hora de inhumana prueba también para la Patria Ecuatoriana, escogida como víctima de propiciación para un idolo —la paz— hoy sin culto y sin altar...

Y es en esta hora en que vengo yo a vosotros, señores, llamado por los universitarios que, de diario, se agrupan a mi torno, para escuchar las parábolas de la ciencia, sustento de esas almas hambreadas de verdad y sedientas de justicia; y es en esta hora en que vengo yo a vosotros, señores, para cumplir un deber ineludible, con la devoción del culto, con el homenaje de la admiración, con el tributo de la gratitud, con la ofrenda del cariño, en la apoteosis sencilla, pero solemne y exotérica a Juan Bautista Vázquez, que la noble generación de combatientes de la idea ha querido rendir a los manes gloriosos de él, en este instante de duelo para la Patria y de desolación para el mundo.

Se me ha confiado, pues, la noble y difícil, pero gratísima tarea para mí de hacer el elogio de Juan Bautista Vázquez según consta del Programa de esta Velada de gala y arte, elogio de un incomprendido que brilla con luz propia, como astro de primera magnitud en la constelación de nuestros inmortales. Por eso, para qué el elogio, si ya pregonan sus glorias, con la elocuencia de los hechos, las generaciones de generaciones educadas en el Colegio que él fundara, donde desarrollando amplia y acabaladamente todas las asignaturas de las enseñanzas secundarias y universitarias, se expandió por esfuerzos gigantescos del Rector fundador a la enseñanza de Pintura con el profesor español Provedano y de Arcos, la de Litografía con Kerner, la de Música con artistas azuayos y la de Ciencias Naturales con los doctísimos y abnegados hermanos Reimbach: Colegio que, cargado de sazonados frutos, se dividió en las dos más altas corporaciones docentes del país: el Colegio "Benigno Malo" y la Universidad de Cuenca. Para qué el elogio de Juan Bautista Vázquez que lo aclaman con perenne elegancia, esta misma casa solariega de todos los

genios cuencanos, y otros edificios públicos, carreteras, obras de embellecimiento y hasta las piedras que pavimentan la ciudad, debido a la actividad de ese obrero del progreso hasta material de su Cuenca querida, la aledaña de los ríos murmulantes, la señora de los vergeles en flor de la heredad de Duma, la ciudad del Marqués, fundada junto al teocali del sol, en el Paucarbamba?

Quién puede añadir un ápice de esplendor al elogio que le hace la República, en marcha a la civilización, regida por las leyes que, con absoluta soberanía de pensador y de grande dictaba Vázquez en Congresos y Constituciones?

Educador de juventudes; apóstol del pueblo; legislador y catedrático; fundador de Colegio y Rector de Universidad; Presidente de Academias y Municipios; político y jurisconsulto; orador y obrero del pensamiento y la acción, se encumbró por sus propios esfuerzos, y fue grande hasta en lo pequeño, y fue compendio de virtudes cívicas y conjunto de talentos y actividades. Por ello, ya lo han llamado de sabio, de triunfador, de prócer, de magnánimo, de benefactor, austeros y doctor varones contemporáneos de él en la gloria y testigos del triunfo.

Mi palabra, la palabra que él corrigió con el consejo, la enseñanza y el ejemplo, no acertaría con la frase que condense la luz, la armonía y el perfume; es decir, la inteligencia superior, la bondad ingénita y la pasión arrebatadora y noble encerradas en un cuerpo esbelto, con arrogancia de león, y corazón de paloma, a quien llamábamos Vázquez el grande, para diferenciarlo del sobrino Honorato, grande y benemérito también.

Mi pluma, la pluma de combate, que él la cortó para mí con cariño, la que nunca la he manchado, y que acaso, por ser impoluta y blanca, pudiera servir para trazar en rasgos de devoción su vida meritoria y fecunda, como el correr del

agua mansa y clara que va cubriendo de flores la ribera; mi pluma no podría, ni aun escribiendo con sangre, decir del martirio largo, incruento y plebeyo con que amargaron su vida de sacrificio e inmolaciones, hasta negarle, en el propio Colegio de él, un palmo de tierra para su monumento. No os sorprenda esta queja, señores: porque el mundo es enemigo de todo el que despliega las alas para el vuelo, o levanta en alto la cabeza.

Pero, tal vez pudiera con mi alma de discípulo predilecto, como me llamó un día, bondadoso y noble; tal vez pudiera con esta alma apasionada y soñadora, rimar las palpitaciones íntimas del corazón del patriota, del civilizador, del limosnero de piedades para con todos; tal vez, mis manos prontas para la caricia y adiestradas para curar heridas, pudieran arrancarle el corazón, en su sueño tranquilo de gloria —porque no muere nunca el corazón de los inmortales— y presentarlo ante el pueblo, ante la juventud que lo magnifica, ante las generaciones que vendrán, para que a su vista, comprendan lo que es ser grande por el pensamiento y la acción, por la ciencia, la perseverancia y el dolor.

Mas, el sitio, la hora, la solemnidad, me imponen sintetizar en un concepto único el elogio para la apoteosis de Vázquez; la enseñanza para la juventud que educo y la confianza para vosotros, señores, que sentís aún secretas inquietudes, desconfianzas y temores, ante un porvenir cargado de tempestades.

Amar a la Patria y sacrificarse por ella es la única grandeza verdadera y la única gloria inmortal. Y ese amor y esa inmolación hacen brotar en el alma, flor de ensueños y de ideal, la virtud del patriotismo, que caracterizó la vida, los pensamientos, las obras y las empresas grandiosas de Juan Bautista Vázquez, hasta convertirlo en semidiós con culto y altares en el corazón de la juventud que piensa, lucha y triunfa.

Hablaré pues, del patriotismo; porque el Ecuador necesita, hoy más que nunca, del ejercicio y la práctica constante y abnegada de las virtudes de todos los ecuatorianos, que darán por resultado el patriotismo nacional, el patriotismo colectivo, pasión nobilísima propia sólo del hombre que tiene la grandeza del pensamiento y el martirio de la emoción. El patriotismo que es valor y sacrificio inspira las grandes acciones, los hechos sublimes, las inmolaciones por la redención y las conquistas de la justicia y el derecho. El patriotismo que es convicción y fuerza nace del amor a la Patria, del culto a la Libertad y al orden que ennoblece la conciencia, apercibiéndola para el triunfo.

El patriotismo retempla el carácter en las fraguas del heroísmo, acrisolando el honor que mantiene la dignidad ciudadana: imponiéndonos la ley del sacrificio voluntario y el reconocimiento de la soberanía de la razón y el imperio de la justicia para crear el ideal y avivar la fe que obrarán por sí mismos el milagro de la concordia para la paz y la convicción del triunfo, al través de las edades, con los ecuatorianos del pasado, del presente y porvenir.

Si la América tiene que volver a los ideales de Bolívar; si la América tiene el pacto de la mutua consulta para la unidad del Continente, augusta y sublime es nuestra misión de centinelas de avanzada, en esta confusión de lenguas, con acentos de esclavos y gritos salvajes de predominio, en que hasta las Américas han olvidado su lenguaje autóctono, es decir, el lenguaje de los libres, de verdad, de orden, de justicia, de gloria, de ideales, de paz, de concordia que hablan y entienden los pueblos que triunfarán a la postre, si hay un Dios que gobierne los destinos humanos y que juzga y castiga a las naciones.

Seamos patriotas, para defender nuestros derechos; y busquemos en nuestra propia constitución biológica, el fundamen-

to político de la autonómica independencia de los Estados: comprobemos que el secreto del vivir y la inviolabilidad del derecho, no están sólo en la ley y la fuerza, sino en lo étnico que define y garantiza la Carta Política de los pueblos. Dentro de la concepción del supremo derecho de ser, demos-tremos la doctrina de la integridad necesaria e inviolable del existir político; y hagamos de los cánones del Derecho Internacional, que encierran el pensamiento de Bolívar, apóstol y profeta del panamericanismo, la enseña de nuestra bandera en las luchas por la justicia y la libertad.

Ecuatorianos! en alto los corazones, mientras despierta, mientras despertando está ya la conciencia de la solidaridad del mundo, al mandato soberano, no de la espada que se mella en Moscú o en Waterloo, sino al mandato del pensamiento que esparce como semillas de luz, por los espacios inconmensurables del espíritu, la palabra que predica, la idea que crea, el sentimiento que eleva, la pasión que impulsa, para sembrar ideales y llegar hasta el Sinaí, donde el nuevo Moisés ha de celebrar la alianza con el Cielo, o hasta llegar a la cumbre del Calvario de la nueva redención americana.

Compatriotas, que el patriotismo, que el valor, que el ideal, nos hagan comprender, hoy más que nunca, lo que significa ser ecuatorianos, lo que vale tener conciencia del propio vivir y convicción en el triunfo de la justicia. Que el amor nos una, nos compacte para el triunfo. Tengamos fe en el porvenir, confianza en nuestro destino, ya que la convicción de la existencia y del propio valer que es orgullo santo, que es nobleza, que es historia y abolengo, es también la base de la más amplia y generosa solidaridad, que aumentará nuestras fuerzas, haciéndonos capaces de luchar contra los acontecimientos adversos, hasta llegar a sentir el deleite de los fuertes, esto es, de pensar y de obrar al influjo de grandes ideales.

Que el amor, la pasión de los grandes; que el patriotis-

mo, la pasión de los libres, nos sostengan en las luchas de cualquier género que sean; de modo que a cada uno de los ecuatorianos nos sorprendan en su puesto de honor, manteniendo los fueros ciudadanos, la augusta majestad soberana de la Patria y el decoro de su nombre.

Pero es preciso terminar ya esta improvisada alocución, y permitidme cumplir ya individualmente mi deber para con el ilustre Vázquez. Sí; mis últimas palabras en este día, son dirigidas a vos, Señor, maestro y amigo, egregio limosnero a quien debo limosnas del alma desde mi niñez florida; voy a presentar en el altar de vuestra apoteosis mi ofrenda votiva...

No tengo, Señor, nada digno de vuestra gloria... mi lira, mi pluma, un puñado de hojas secas, de zarzas del camino, de flores sin perfume que guardo en el alma enferma de ensueño y de infinito, no son ofrenda digna de vos; pero, hoy ha reverdecido un laurel en mi huerto interior; hoy, han puesto a mi alcance una ofrenda agradable para vos: el corazón de la juventud universitaria, que representa el corazón cuencano, sangrante y agradecido, combatiente y apasionado, que con todas sus rebeldías y esperanzas, con todas sus ilusiones y anhelos, con todos sus ensueños y nobles ambiciones, os entrego como un exvoto de fe, de amor y de gloria, en el ara donde pontifican este momento la historia y la inmortalidad; aceptadme, Señor, esta ofrenda; y desde el excelso pedestal de claridades eternas en que os contemplamos al través del tiempo y del espacio, escuchad mi plegaria, la plegaria de siempre, la que aprendí a recitar en las letanías patrióticas de vuestra vida... Alcanzad para el pueblo que os aclama el pan de cada día, el pan de la libertad y la gloria; quemad los labios de la juventud que te glorifica, con los carbones encendidos del Profeta para que pronuncie sólo la verdad, y hable el lenguaje divino de la ciencia humana; enseñadnos a vencer con el perdón y la palabra, sembrando, como vos, siempre flores en los eriales del mundo; hacednos fuertes, para soste-

ner en pie a la Patria, una, soberana, con territorio, con constitución y bandera... y decidnos, finalmente, en dónde está la raza prometeana... a qué hora llegan los vengadores de la Patria y la Historia?

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA VELADA DEL 20 DE  
ABRIL DE 1917, CON MOTIVO DE LA INUNDACION  
DE LA CIUDAD DE LOJA

Señores:

Hoy no estamos de fiesta; y en esta noche que váis a aplaudir, una vez más, las gloriosas conquistas de la poesía y los encantos de la música, habilmente encargados a distinguidos poetas y profesores, echaréis de menos el verbo elocuente y arrebatador de nuestros grandes oradores, la frase apasionada y persuasiva de nuestros predilectos tribunos, la enseñanza, docta y sencilla, de nuestros insignes maestros.

Mi presencia ante vosotros os anuncia que en esta velada no se trata de conmovér, de persuadir, de arrebatár, empresa confiada siempre a la destreza del más sagaz o a los esfuerzos del más entendido.

Vosotros me conocéis. Soy el oscuro secretario de la humilde Asociación de Caridad que, fundada hace medio siglo, busca todavía al obrero en su taller y al labriego en su cabaña, al pobre en su tugurio y al huérfano y al enfermo en su Asilo, para impulsar la acción social a su verdadero centro, mejorando la condición del proletario. Vengo, pues, a extender la mano, y si lo queréis, a juntar las manos para pedir, más que un pedazo de pan, una limosna del alma, una sonrisa de amor, una caricia para todo un pueblo, para un pueblo hermano.

Vosotros me conocéis. Llamado a desempeñar las difíciles funciones del magisterio, he consagrado mis desvelos y las actividades de mi vida a preparar a la juventud para las luchas del porvenir, enseñando no los principios con que la vieja Europa mantenía el equilibrio político, despedazado hoy a cañonazos, en la horrorosa conflagración que pasma, aturde e inquieta al mundo todo; sino la ley de la abnegación y del sacrificio, la doctrina del amor y de la fraternidad, que modela el corazón para la virtud e impulsa a la inteligencia por las escarpadas cumbres que conducen al martirio de la gloria, haciéndole comprender cómo se defienden los intereses de la Patria, los de la raza, los de la humanidad, contra el despotismo de los tiranos y la ambición de los poderosos. Vengo, pues, ante vosotros, con la frente inclinada, y si lo queréis, de rodillas, a mendigar más que la compasión para una víctima inocente, la medicina del alma, la confianza cariñosa para un pueblo que se retuerce de dolor, en el seno mismo de la Patria ecuatoriana.

Pero, nó; ante la gallarda, ante la inteligente juventud que educo, enseñándole a desplegar las alas, camino de las alturas, no mendigo, no puedo mendigar; exijo, impongo, mando el cumplimiento de este primero y sagrado deber, con autoridad y como severo juez de sus acciones, al mismo tiempo, que como confidente desinteresado de ella y como aplaudidor entusiasta de sus glorias.

Vosotros me conocéis. Sometido a la ennoblecedora ley del trabajo, he abierto el surco en la heredad de mis mayores, en busca de flores para el altar y de blancas espigas de trigo para la mesa, y he compartido las fatigas del fecundo apostolado de esa falange robusta y potente que es la energía y la salud del pueblo. Vengo, pues, tostado por el viento y por el sol, y traigo en mis brazos robustecidos por la faena, si no la ofrenda valiosa, el óbolo, la primicia del trabajo honra-

do, que es holocausto y caricia, junto con el abrazo, vigoroso y fuerte, para el hermano que llora.

Vosotros me conocéis, Seducido por los encantos de la victoria, en las luchas del pensamiento, me he conquistado la muceta del Abogado, ejerciendo ese sacerdocio dignificador, en defensa del altar y de la patria, de las instituciones republicanas y de las libertades ciudadanas, de la inocencia y de la propiedad; y he tomado asiento en el foro, en la academia, en la cátedra junto a los viejos maestros y a los hombres ilustres del país, para escuchar sus enseñanzas. Amigo del pobre y del obrero; confidente, más que catedrático de los jóvenes universitarios; agricultor y profesional; creyente y rimador de versos, estoy como embebido del alma cuencana, y vengo a conferenciar con vosotros, y si lo queréis, a publicar en voces tan altas que me escuche la República entera, lo que siente esa alma ingenua, devota y sencilla ante el mudo dolor de su hermana gemela.

Sí, señores; nuestra hermana, la gentil, la inteligente, la noble ciudad de Loja está de duelo. Primero, la abreviada y ruda noticia telegráfica; luego la detallada exposición de la prensa, y por último, la prolija relación de comunicaciones más íntimas y privadas, nos han hecho saber que el súbito desbordamiento de un río que llevaba inmenso caudal de lluvias, rompió muros y diques; inundó la ciudad, arrastrando sembradíos, asolando comarcas, derribando edificios, destrozando máquinas, arrasando, en fin, cuanto encontraba a su paso y envolviendo en la vorágine de las espumas, que se precipitaban salvajes y bramadoras, así incommovibles moles de roca y arraigados árboles seculares, como el raído cobertor del obrero y el mullido lecho del acaudalado, la mal sazónada comida de la viuda y del huérfano y la opípara despensa del rico; mientras, entre el estruendo de la borrasca y la furia de la tempestad, se escuchaban el grito del dolor y la alarma, la inquietud y el temor, el espanto y las lágrimas, el pasmo y el mutismo

de la suprema angustia que crecían, crecían y crecían, bajo un cielo negro que apiñaba, a cada instante, sombras más densas de destrucción y de muerte!

La República entera se ha conmovido ante espectáculo tan aterrador; y el Poder Ejecutivo, y los Municipios, y las Corporaciones y los ecuatorianos todos han acudido cariñosos para besar la herida de ese pueblo abnegado y grande, honrado y trabajador, magnánimo y virtuoso, que es timbre de gloria de la tierra sagrada que cubre el pabellón teñido de rojo, de azul y de gualda, donde palpita el corazón de una Nación de libres, la tierra ecuatoriana.

Me siento glorioso y engrandecido al llamarme conciudadano vuestro y publicar, para honra del patriotismo nacional, que en el Ecuador hay unidad étnica y verdadera cohesión ciudadana, a pesar de los disturbios de nuestra vida democrática, de las disensiones de nuestros partidos políticos y de la ruptura criminal de muchos vínculos sagrados para el pueblo, que la insensatez demagógica ha llevado a cabo.

Sin problemas de raza, porque aquí toda sangre se transfunde, ennoblecida por la democracia; sin hegemonías de alcurnia; sin desequilibrios políticos, porque la conciencia ciudadana nace de la alternabilidad representativa; sin grandes ambiciones y sin grandes miserias; libres todos, sanos del alma, vivimos la vida ciudadana, entre convulsiones revolucionarias, es cierto, y con accesos de locura o arrebatos de febricitante, algunas veces; pero, en la hora de la prueba, en las grandes angustias de la Patria, esa misma fiebre, esa misma locura, nos une con un solo ideal y bajo una sola bandera. Y esto, no porque se encarnen grandes ideales dentro de las formas de Estado, de Gobierno y de Administración, sino porque el Ecuador es uno, republicano, democrático, popular, por su índole, por su sangre, por su tradición, por sus costumbres.

Los vínculos étnicos que determinan la personalidad y

constituyen el ser de una Nación así como los no étnicos que se crea un Estado, dentro de las formas constitucionales, necesitan de otro vínculo moral, más estable e indisoluble, que si bien no constituye por si mismo una institución política ni jurídica, es, sin embargo, el resultado, y al propio tiempo, el nuevo germen de las instituciones y de los sistemas técnicos que marcan la dirección de los gobiernos y el pensar y el sentir de las multitudes. Por ello, la ciencia moderna que ha desligado al Derecho de la concepción teórica de las llamadas Escuelas de Jurisprudencia, busca en toda ley positiva esa fuerza moral, ese vínculo poderoso, esa llama creadora que es el alma y la vida de los pueblos.

Yo pudiera demostrar que existen entre nosotros vínculos sagrados y cualidades características que si no nos agrupan todavía en raza, nos ligan, vigorosamente, constituyéndonos en un Estado libre y autónomo, a pesar de que, en el momento actual, no mantenemos política y socialmente, sino la unidad del idioma, como vínculo constitucional.

Pudiera hablar, también, de otros fenómenos de nuestra vida republicana y de la importancia que tienen otros vínculos morales en la vida etnárquica del Ecuador; pero no quiero cansar vuestra atención, y me basta recordaros, que aun cuando el vínculo jurídico, el lazo político, los derechos ciudadanos, las garantías constitucionales sean las mismas, para todos los Estados, hay, sin embargo, más vida nacional, y es más íntima la cohesión política en los que se llaman Estados débiles prontos al heroísmo y despiertos siempre para la defensa de sus fueros que en las Naciones poderosas que viven en el delirio de las grandezas.

Basta, pues, para nuestra gloria saber que el Ecuador es uno y soberano, por naturaleza, si vale la expresión; y basta, para nuestro orgullo nacional, ser ecuatorianos, esto es, ciudadanos libres, honrados y buenos de una República joven y vigorosa. ¿Orgullo nacional, he dicho? Sí, señores; el orgullo

de todo un pueblo, el amor de toda una colectividad a sí misma, es una pasión noble, una pasión santa, que salva, que regenera, que engrandece. Si el hombre necesita estimarse por lo que vale, según la expresión de Pascal, si necesita amarse, porque en sí tiene una naturaleza capaz de bien, que le sirve de contrapeso a todas las miserias humanas; con cuánta mayor razón, necesita el pueblo de un deseo generoso de gloria, de un amor inmenso a su nombre, a su origen, a su tradición para conservar sus ideales, para realizar sus empresas, para marchar siempre arriba en la senda del progreso y de la civilización.

La Religión que anatematiza el orgullo individual y predica como un deber la humanidad, la virtud encantadora de las almas predestinadas, no ha proscrito, ni puede proscribir, el orgullo nacional; al contrario, lo impone como un precepto, aun al sacerdote y al monje, al apóstol y al misionero, mandándoles amar a la Patria, sin rehusar sacrificio y hasta morir por ella. Puede el hombre justo, el humilde, a imitación del Maestro Divino, besar la mano que le hiere; pero, no puede perdonar la ofensa a la Patria, la usurpación de la soberanía, la desmembración del territorio, el desconocimiento de la personalidad sagrada del Estado. Todos estamos obligados a morir por la Patria. El amor al bien, la veneración a nuestros héroes, el culto a nuestros santos, el aplauso a nuestros sabios, todo esto junto es el orgullo nacional, que glorifica el existir del pueblo, inspirando el patriotismo, virtud adorada aun en los altares; la nobleza, pasión de las almas grandes, el valor, corona de los mártires; el ideal, suprema aspiración de los buenos, que nos une en las luchas de la vida, haciéndonos amar como a hermanos.

Pero el orgullo nacional que mantiene la ciudadanía de la Nación, hace también que cada pueblo tenga sus blasones y su timbre peculiar de grandeza, agrupando colectividades afines, para la realización de altos y trascendentales destinos; y

así, nosotros los cuencanos, que somos ecuatorianos de raza y de convicción, amantes de toda gloria nacional y apasionados admiradores de todos nuestros conciudadanos, tenemos, dentro de la nacionalidad ecuatoriana y fuera del paisaje cuencano, un pueblo íntimamente ligado a nosotros, que ha sido, es y será un pedazo de nuestro mismo ser, como aliado natural nuestro en la conquista común del bien, del derecho y de la vida social. Este pueblo es el virtuoso pueblo lojano, como lo váis a ver.

Bien recordáis Señores, que el poderoso imperio de los canaris, los aborígenes del Azuay, extendía su dominio en algunas regiones del actual territorio de Loja, y que, desde entonces, ejercía cierto influjo en la vida y en el progreso del vecino cacicazgo de los Paltas, aborígenes de nuestros compatriotas del Sur.

Vino, más tarde, la conquista incaica en casi todo el actual territorio ecuatoriano; y el áureo y reluciente llautu de los hijos del sol, adquirió mayor lustre y esplendor en esta tierra de los hijos de la laguna, iniciándose así la civilización propiamente ecuatoriana, notable ya para esos tiempos; porque dos civilizaciones que se encuentran en un momento dado, no se destruyen ni perecen, aunque la una sea del vencedor y la otra del vencido; sino que, como las ondas que chocan en el mar, se empujan, se arremolinan formando copos de espuma, y se equilibran a la postre, compactándose y aumentando el caudal que cada una lleva. De esta lucha grandiosa —porque así la he contemplado a través de las edades— quedan muchos vestigios, en los que sorprenderá quizá el investigador científico los gérmenes de la indomable altivez, de la esquiva terquedad, del generoso apasionamiento y de la constante energía que caracterizan nuestra índole lugareña; y acaso también, el origen de la triste monotonía mezclada paradójicamente con el fogoso arrebato y la sublime ingenuidad que constituyen nuestro arte criollo, en casi todas sus manifestaciones.

Y llegó, al fin, la aurora de la verdadera civilización. La soberbia, la bella América que dormía recostada al pié de los volcanes, en las altas cumbres, en los inmensos páramos de la cordillera, en los valles de eterna verdura, en las flores y en las selvas seculares, vestida de juncos y de helechos, arrullada por el himno de las cascadas y defendida por la furia de los océanos; despertó acariciada por España que le enviaba, en frágiles carabelas, su religión y sus leyes, su idioma y su sangre, sus instituciones y su historia; su grandeza y las virtudes todas, acumuladas durante siglos, que hacían de ella entonces, la señora del mundo civilizado.

América lo debe todo a España; sí, señores, y perdura todavía entre nosotros el espíritu hidalgo de su raza, y todos nuestros triunfos, nuestras acciones gloriosas, nuestras empresas heroicas, manifestaciones son del alma española, encarnada en las entrañas de los domadores de cóndores; y a reconstruir esta nación disgregada, en busca del pan de la vida, la libertad; a compactar esa raza dispersa, por la ley de la emancipación; a despertar esa alma (la española) que vive alimentada con nueva sangre y vigorizada con nueva civilización, tienden los esfuerzos de muchos millones de hombres libres; pues aun los rubios americanos, los hijos de Inglaterra, que invocando el panamericanismo, pretenden unirnos en la acción política, diplomática y financiera, trabajan por España y los españoles, y de su decantada teoría internacionalista que alimenta, sin pensarlo, al cachorro del León (que rugirá con los épicos bramidos de tiempos no lejanos) nacerá el hispanismo, a pesar de las resistencias del Brasil; de la misma manera que de la teoría de las nacionalidades nació el principio de la hegemonía de las razas que incendia el mundo en la actualidad, calcinando el aire, la tierra y las entrañas del mar.

¡Cuán inescrutables son los designios de la Providencia, qué misteriosos los arcanos de la vida! Los conoce sólo Dios que

está más arriba de las nubes y que juzga y que castiga a las Naciones!

Mas, perdonadme, señores, esta digresión. He apuntado brevemente algunas notas históricas y etnográficas, porque detallan datos generales e importantes para nuestra vida etnárquica y para nuestra constitución política, como República; pero, sólo desde 1768, en que el Corregimiento de Cuenca fue elevado a la categoría de Gobierno Mayor, principiamos a vivir como ente sociológico como unidad en la magna civitas del Gobierno español, para formar, en 1822, el llamado Estado de Cuenca, y posteriormente, durante la Gran Colombia y la República, el Departamento del Azuay, el Distrito, el Obispado, etc., etc.

Ese ser político se constituyó, pues, más que por el vigor de la ley, por fuerzas sociológicas de un orden superior. No señalaré cuáles fueron esas fuerzas que determinaron el nacimiento glorioso de lo que llamaré la ciudadanía cuencana, porque temo que al hablar de la patria pequeña, de este retazo de tierra ecuatoriana que guarda el Templo y el sepulcro de mis mayores me olvide de todo, para adorarla de rodillas; y me limitaré tan sólo a confesar que desprendida la rama azuaya del tronco étnico, por acodamiento, ostentó como la mejor de sus galas, a la ilustre ciudad lojana, timbre y prez de nuestra ciudadanía.

Por lo expuesto observaréis, señores, que amén de los lazos morales, políticos y jurídicos que ligan a Loja y a Cuenca, como entidades ecuatorianas, ellas marchan no sólo compactadas y enlazadas, como partes de un todo orgánico, sino formando, por sí mismas, un solo ser, con vida propia, seccional, independiente, con una sola alma y con una sola aspiración.

Unidas en la prueba y en el sacrificio, en la derrota y en el triunfo, han escrito juntas su historia y han recitado jun-

tas sus letanias de ventura o de dolor. Unidas por la sangre y por la tradición, por el afecto y por la ley, han cantado juntas el himno de la libertad y han luchado juntas en la heroica conquista de la emancipación.

¡Cuencanos! Es el pueblo que nació a la ciudadanía con nosotros, y que con nosotros ha sentido las fatigas del combate, las ansias del peregrinaje, las angustias de la existencia y las alegrías del triunfo y de la gloria; es el pueblo de Alonso de Mercadillo el que está ahora de duelo, y contempla en el silencio y la tristeza de los barrios de la ciudad, las ruinas de muchos edificios, el hambre y la desnudez de muchos menesterosos y la desolación y el espanto de todos sus hijos.

Es el pueblo que vino a Cuenca con los tercios invencibles de Sucre, para comprarnos con su sangre, si hubiere sido necesario, la libertad republicana; es el pueblo de 1822 el que ahora tiritaba de frío, entre los despojos de una deshecha tempestad.

Es el pueblo que, confundido en los batallones libertadores, disparó contra las huestes invasoras que comandaba Lamar, impidiendo que éste hollara, sacrilego, la sagrada tierra nativa; es el pueblo que compartió las glorias de Tarqui, el que hoy día llora la desventura de sus hijos. Es, en fin, y para decirlo de una vez, el pueblo azuayo de Loja, el que, empapado con las aguas del torrente que devastó sus comarcas, hace llegar hasta nosotros su queja de dolor, su grito de espanto.

Acudamos a ese pueblo herido en el alma, no sólo con la dádiva generosa que vuestros corazones están prontos a ofrendar, sino mayormente con el bálsamo del amor y de la ternura, única limosna digna para un pueblo. Hacedle saber que en los hogares cuencanos, madres y esposas han vertido lágrimas de dolor, porque son muy valiosas para el que su-

fre las lágrimas de la mujer. Decidle que nuestras niñas, las inspiradoras de madrigales y cantares, son las que han recibido vuestras colectas, porque son muy delicadas, para curar dolencias, las manos virginales de las niñas. Dadle a conocer que nuestros artistas y nuestros jóvenes han convocado este cenáculo, donde oficia de pontifical la hidalguía de esta tierra, saludando a la hermana dolorida, porque son muy dulces para el que llora los afectos juveniles y los encantos del arte.

Publicad, en fin, que la ofrenda cuencana no es el producto de la opulencia ni del fausto, de convencionales cortesías ni de ceremoniosas ritualidades, sino el triunfo cordial de homenaje de todo un pueblo, que al pagar las deudas del corazón, confiesa ingenuamente que es agradecido y que es deudor; publicad que para esta ofrenda han contribuido, el Prelado y su clero, el Gobernador y sus empleados, el patriota Jefe Militar de Zona y sus camaradas, el Municipio y el pueblo, la Universidad y el taller, porque son muy consoladoras para el triste las grandes manifestaciones de los seres cariñosos que comprenden el dolor.

El oro es duro y frío metal; y, antes de enviar esa ofrenda a vuestros hermanos, besadla con amor, purificadla con lágrimas, calentadla junto al corazón; y luego, cubridla de flores y envolvedla en el pabellón nacional, para que así sea el símbolo, el testimonio de la confraternidad verdaderamente ecuatoriana, de los pueblos azuayos —Cuenca y Loja— que viven con un solo corazón, común para entrambos...

Y nada más: el dolor tiene sus fueros, y la tristeza tiene pudores que no se pueden profanar!

Centro de Documentación "Juan Bautista Vazquez"



038295